

DESDE EL CENACULO

Como el vibrante resplandor que avanza
Entre la sombra gris del infinito,
Como el profundo y sollozante grito
Que abre en los aires, paso a la esperanza.

Con inquietud divina, que no alcanza
A penetrar el corazón finite,
Miró Jesús los siglos de hito en hito
Y un himno alzó de amor y de alabanza.

Su cuerpo vio que en procesión rendida
Era llevado en triunfo por la historia,
Y aclamado de míseros y grandes,

Por la mística esposa engrandecida,
Sintióse alzado entre dosel de gloria
A otro Tabor en los abruptos Andes.

LUIS ENRIQUE FORERO M. A.

Julio, 5 de 1913.

LA EUCARISTIA

I

Nada comprendéis, hijos míos, de la religión de Jesucristo, si no la concebís como la religión del amor; como no comprenderéis tampoco el mundo material, sin esa ley o ese hecho del orden natural que se llama atracción. Dios y el hombre son dos amores que van delante uno del otro. Toda la historia de la religión es la de esa persecución mutua a través de los siglos, y el lugar de su encuentro y de sus abrazos en este mundo es la santa comunión.

¡Atención! vedlos en movimiento. El hombre llama a Dios; es que tiene necesidad de Dios. El Señor se pone en camino, desciende, como dice la Escritura, "de los colla-

dos de su eternidad." Sigámosle en cada una de sus jornadas de amor. Vais a ver desarrollados y explicados ante vosotros todos nuestros misterios.

Puesto que Dios nos ama, y le amamos nosotros, puesto que es nuestro padre, y que somos nosotros sus hijos, ¿será eternamente para nosotros un Dios escondido? Para darse a conocer a sus hijos, ¿no nos hará algún obsequio que sea imagen suya? ¡Oh Padre! lo pide nuestro corazón, ¿no responderá el vuestro a nuestros deseos?

Ha respondido Dios, hijos míos, saliendo de sí mismo; nos ha dado todo ese universo que nos envuelve en su magnificencia: tal es la primera manifestación de su amor a nosotros, la de la creación; tal es su primer obsequio, su primer dón, el de su obra. Y por cuanto es obra de sus manos, es al mismo tiempo imagen de sus atributos divinos. ¡Oh Dios! el cielo y la tierra están llenos de vuestra gloria; el mundo entero lleva un reflejo de vuestra faz adorable; ahí reconozco el retrato de mi padre. No habéis creado sólo al hombre a vuestra imagen y semejanza; con todo el mundo habéis hecho lo mismo; y ese globo es un espejo de mil y mil facetas, cada una de las cuales me representa una de vuestras amadas facciones. ¡Qué espléndido retrato! ¿Pero puede esto bastar, Señor? ¿Cuándo ha bastado el retrato del objeto amado a llenar el alma del que ama? Bella es vuestra imagen; pero no habla. Si es cierto que sois mi Padre, ¡oh Padre del hombre! ¡Dios de los cielos! hablad, hablad a vuestro hijo.

Ha hablado Dios, hijos míos. Es la segunda jornada de su amor, es el segundo obsequio de su corazón. Después de la creación la revelación. Ha hablado en el Edén, ha hablado en la llama de la zarza que arde, ha hablado entre los relámpagos del Sinaí, ha hablado por el arpa de David y por la voz de los Profetas: *multifariam, multisque modis*, dice San Pablo. Ha hecho más: ha querido que esa palabra fuese permanente en escritos inspirados por EL y donde EL mismo se ocultaba bajo la corteza de las letras.

Esas letras las tenemos: son los Libros Santos, páginas llenas de sus ternuras, de sus preceptos, de sus grandezas, de sus milagros y de sus promesas, de que se ha dignado hacernos una herencia eterna. ¡Qué hermosas son esas sagradas páginas de nuestro Padre del cielo! Mas ¿basta eso a nuestro amor? ¿Acaso las más hermosas páginas de un padre han podido satisfacer las afecciones de un hijo que está lejos, y será necesario que la humanidad que le ama, que le adora, sea perpetuamente condenada a regar con lágrimas esas páginas escritas con una mano que se oculta en las nubes? Ese padre, si nos quiere tanto como indican los escritos que nos hace leer en la tierra, si es verdad que nos ama, si es verdad que es padre, que se manifieste, que le veamos, que se presente, que venga.

Ha venido, hijos míos. Fue la tercera jornada de su amor, el tercer dón de su corazón: se encarnó. Se ha hecho hombre entre los hombres. Durante treinta años pudo la humanidad alimentar sus ojos con la vista de AQUEL que era el esplendor del Padre. Ha tenido sus delicias en estar con los hijos de los hombres. Niños como nosotros, jóvenes como vosotros, pobres, humildes, pecadores, enfermos, todos lo han visto, lo han oído, lo han tocado y lo han amado. Ha perdonado, ha bendecido, ha curado. Llenos de bondad están sus ojos, llenas de beneficios sus manos, llenos de verdad y de misericordia sus labios. Estaba bien como nosotros. Su paso por el mundo fue un jubileo de gozo, cuando, durante treinta años, el tiempo poseyó al Eterno. En fin, después de haber venido a nosotros por amor, el amor le hizo morir por nosotros: es lo que llamaba EL mismo "amar hasta el fin." La redención fue otro misterio. ¿Pero era aquella la última de sus manifestaciones? ¿Podía hacer más que dar la vida por los que le eran amados? En sus adioses habla ya de volver a su Padre. ¿Y llegará a suceder? ¿No poseerán las naciones a AQUEL que fue llamado Deseado de las naciones? ¿Ha venido nada más que para la satisfacción de un pequeño rincón del

mundo, donde no se ha dejado ver, sino para que, con hermosos recuerdos de su historia, queden de EL deseos insaciables e inconsolables sentimientos por su separación? ¿Acaso somos nosotros menos hijos suyos que los judíos deicidas que lo crucificaron? ¿No somos su grande y universal familia de todos los tiempos y de todos los lugares? ¿Y privarles de vuestra presencia tan pronto y para siempre, es amarles y es amarnos? ¡oh Jesús! ¡oh hermano! ¡oh amigo! ¡oh Padre! ¿No desea el padre estar entre sus hijos todo el tiempo que puede? ¿Y Vos que sois tan amante como poderoso, no sabéis hallar, al partir, el secreto de quedaros y de permanecer con nosotros?

Sí, se ha quedado, hijos míos. Lo que quisieran poder vuestros padres, pero que no pueden más que querer, estar presentes siempre y en todo lugar a cada uno de sus hijos alejados y dispersos, Jesús, nuestro Padre y nuestro Dios, lo ha querido y lo ha podido, y poniendo su poder al servicio de su amor, ha quedado así con nosotros.

Una noche, víspera del último día de su existencia mortal, encontrándose en Jesús el poder con el amor, sentado Jesús a la mesa de la Pascua por última vez, y en medio de sus Apóstoles, tomó en sus santas y venerables manos el pan que partió y distribuyó entre ellos con estas palabras que obraron lo que significaban: "Tomad y comed, este es mi cuerpo. Hizo lo mismo con el cáliz que contenía el vino: Tomad y bebed, esta es mi sangre." Y al punto, perpetuando en la serie de todos los siglos venideros el misterio de la nueva alianza, dijo a sus Apóstoles que cada vez que hicieran lo que acababa de hacer EL, les daría poder desde el cielo para perpetuar el milagro y renovar el misterio. Desde aquel momento, Jesús quedó real y substancialmente con nosotros hasta el fin de los siglos: era *el Emmanuel*. No sólo estaba con nosotros: estaba en nosotros: *Et habitavit in nobis*.

"Más grande ha sido, decía Santa Teresa, la gracia de la Eucaristía que la de la Encarnación; porque en la En-

carnación, no ha deificado el Hijo de Dios más que su alma y su santísima Humanidad, y en este sacramento ha deificado a todos los hombres." El cáliz, que Jesús acaba de distribuir entre los Apóstoles, pasará de ellos a los labios de todo el que de EL tenga sed; pasará de la Iglesia del Cenáculo a la Iglesia de las Catacumbas, a la de las Basílicas, a la de las Catedrales, a las misiones extranjeras y a las islas más lejanas. No se suspenderá hasta el fin del mundo; y el cuerpo y la sangre y el alma y la divinidad de Cristo estará dondequiera que haya un poco de pan y un poco de vino sobre un altar con un sacerdote para consagrarlo y para repartirlo entre los hombres.

Es la última palabra del amor. Cante el amor el himno de acción de gracias, como hizo Jesús después de la Cena: *hymno dicto*. Se han encontrado por fin esos dos corazones que se amaban. La Eucaristía, la Cena ha sido el punto de contacto, y la Comunión es el abrazo que en la tierra se da el alma con su Dios.

Es cierto que en esta vida un velo separa todavía a los dos amigos que se tocan, pero que no se ven; las especies o apariencias se interponen como un nublado entre nosotros y el Amigo divino. Le hablamos, y nos habla, pero no le vemos; estamos encerrados en este cuerpo terrestre; nos separa un frágil tabique. Pero vendrá la muerte que con su mano libertadora echará abajo ese tabique de barro, y AQUEL por cuya gloriosa contemplación suspiramos, se nos dejará ver cara a cara.

II

El amor es el que da, y lo que da es la vida. Esa segunda palabra, la vida, aparece en el mismo discurso que ha seguido a la Cena, y que leemos en el Evangelio de San Juan. ¿Qué vida nueva es esa que da la Eucaristía a la humanidad?

Hay grados diversos y órdenes diferentes en el concepto de la vida. Aquí abajo tenemos la vida del cuerpo: co-

mer, beber, dormir, tener tierras, casas, caballos, sirvientes, buena bodega, buena mesa y buena cama; tener buena renta, ir bien vestido y estar bien colocado en este mundo, y no tener más obligación que atender a su vida; después, al fin de todo esto, acostarse seis pies bajo la tierra, y dormir el último sueño a la sombra de los cipreses. ¿Es eso vida, hijos míos, o es más bien muerte anticipada? Y sin embargo, hay hombres para quienes lo es todo, absolutamente todo, ese alimento grosero: *Manducaverunt manna et mortui sunt*.

Está también la vida del espíritu: estar bien educado, ser muy instruido, obtener los primeros puestos en las composiciones y el primer lugar en la clase; saber hablar y escribir; ser buen literato, buen historiador, buen filósofo, buen matemático; graduarse con las notas más brillantes, sobresalir en las universidades y presentarse en la sociedad como hombre capaz e inteligente, prosperar en los negocios, distinguirse en la ciencia, llegar a los honores más altos y brillar en la conversación; ser así la gloria de la familia, del país y del apellido propio; y después, al fin de todo eso, extinguirse como la lámpara que ha ardido durante toda la noche, y al llegar la aurora, expira con la última chispa seguida de negro humo; ¿es eso vida, hijos míos, y sabrías con esa vida estar satisfechos? *Manducaverunt manna et mortui sunt*.

Está aún la vida del corazón, más elevada que las primeras. Amar y ser amado; tener todo su placer en el hogar, cerca del padre, de la madre, de los hermanos y de las hermanas; adelantarse el uno al otro para luchar con las grandes dificultades de la vida dándose la mano; hacerse un suave nido de ternuras donde arrullarse sin zozobra por las tempestades exteriores; formar más tarde una familia, de la cual se sea el centro y el ídolo, rodearse de aficiones poniéndose al abrigo del frío de la vejez; tener buenos amigos y poder contar con ellos lo mismo que ellos con nosotros. Después, llegada la noche, al fin de todo esto,

¿qué? Adioses, pesares, lágrimas, separación, olvido quizá, y por último la fría soledad del sepulcro. ¿Os basta eso, hijos míos, es eso suficiente? Y os pregunto más: ¿es eso la vida?

No, que nuestra vida es lo infinito, y todo eso es finito, aparte de que nos cansa y nos disgusta, y por último viene ese techo, que, como dice Bossuet, constituye el fondo de la vida humana. No, que nuestra vida es la inmortalidad, y todo lo que aparece a nuestros ojos es perecedero, alimento de un día, seguido de la muerte en la soledad: *Manducaverunt manna et mortui sunt.*

¿Qué ha venido a hacer Jesucristo con la Eucaristía? Levantar el nivel de la vida. Os he descrito la vida natural; viene Jesucristo a traernos la vida sobrenatural. Os he pintado la vida completamente humana, y Jesucristo nos trae, nos propone la vida divina, y sólo para dárnosla ha venido Dios a nosotros. Nada que no nos haya enseñado EL os he dicho yo en esta materia: oídle a EL mismo? "En verdad, en verdad os digo. Que no os dio Moisés pan del cielo, mas mi Padre os da el pan verdadero del cielo; porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo, y da vida al mundo. Yo soy el pan de vida que ha bajado del cielo; el que come de este pan, jamás morirá, vivirá eternamente; y el pan que yo os daré es mi carne por la vida del mundo."

Comulgamos, y ¡oh maravilla!, un alma divina viene como a sobreponerse a nuestra alma humana. Es un alma de humildad, de pureza, de santidad, de caridad que pasa a nuestra alma de orgullo, de bajeza y de malicia. Y nos hacemos un hombre nuevo, que es un hombre divino. No somos ya sino apariencias y especies de Jesucristo, y en realidad ya no soy yo el que vivo; es Jesucristo el que vive en mí. Y si queréis un modelo de esta unión del hombre con Dios, hay que buscarlo en la unión de EL con el Padre, unión que nos ha manifestado EL mismo diciendo: *Ego vivo propter Patrem, et qui manducat me, ipse vivet propter me.*

Así, hijos míos, ingiérese en nuestra debilidad humana una energía divina, y divinos y para la vida eterna serán los frutos que de ella resultarán. Todo ha sido elevado en el hombre. No existe ya la vida de la bestia, ni la vida del sabio; es la vida del cristiano, y el cristiano es otro Jesucristo. Todo lo que acabo de nombraros, vida del cuerpo, vida del espíritu, vida del corazón, no es sino el basamento de un templo superior que llena de su divinidad Jesucristo. Sobre esta vida mortal elevase una vida inmortal cuyo alimento es ese pan de Dios: *Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum.*

Todo, hasta el mismo cuerpo, participa de esta nueva vida. "El que come mi carne y bebe mi sangre, dice el Señor, tendrá vida eterna, y yo le resucitaré en el último día." Este trigo de los elegidos, al llegar a mi pecho, deposita en él un germen vivo que jamás perecerá. Esta carne vivifica nuestra carne. Un día, el último día, ese germen divino se hallará mezclado, mas no se perderá, con el polvo del sepulcro, y será para nuestro cuerpo principio de gloriosa resurrección. El mismo Jesucristo vendrá a resucitarse en nosotros, como se resucitó a sí mismo al tercer día, y todos los que han comulgado en todos los siglos, agitando por efecto de esa virtud vivificante que saldrá de EL, se levantarán con sus cuerpos semejantes al cuerpo humano, sutil, ágil, impasible y glorioso, que fue su divino alimento en este mundo, y que será en el otro su inmortal ejemplar: *Vivo, et vos vivetis.*

La Eucaristía, el amor de Dios, la vida en Dios, ¡ah!, hijos míos, no debiera yo hablaros de estas cosas. Para esto se necesita una de esas almas abrasadas de amor hacia el divino tabernáculo, como ha sabido Jesús encontrarlas en todos los siglos. Hubo en este siglo una que salió de los confines del mal y del error, y se encontró cara a cara con Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Desde aquel instante concluyó con todo. Hermán Cohen, judío de Hamburgo, el artista disoluto que había recorrido la Europa

por el camino de la gloria, de la libertad y de la voluptuosidad, se declara en un momento subyugado, dominado, conquistado. Escuchadle:

“No había sido otra cosa mi vida que tentaciones, combates y caídas. Quise adquirir gloria, y la adquirí; quise ser amado, y lo fui; quise tener imaginarias riquezas, y las tuve. Mas, satisfaciendo todos mis deseos, sentía en mí que se aumentaba más y más un ardor abrasador, y no hacía más que arrojar acá y acullá algunos jirones de púrpura y oro, descubriendo mi desnudez y mi miseria. Sediento de Dios, forjabame ídolos, ya de metal, ya de oro, ya de barro, y me hundía en insondables abismos de dolor y de superstición. Hufa de AQUEL cuya bondad me perseguía, hasta que un día, estando en París, entré en una iglesia. El sacerdote estaba en el altar, en el momento preciso de elevar la blanca forma: miré y parecióme escuchar una voz que salía de la hostia: “*Ego sum via, veritas et vita*. Yo soy el camino, la verdad y la vida.” ¡Gran Dios! ¿es posible? Sí. Saulo encontró su camino de Damasco, fue derribado, y dijo: “Señor, ¿qué queréis que haga?” Extendió los brazos y puso su corazón, su voluntad, su alma a disposición de Dios. Estaba convertido.

Y, convertido para siempre, aquel judío de veintiséis años se hizo cristiano; aquel cristiano se hizo carmelita; aquel carmelita se hizo santo, y aquel santo llenó los más célebres púlpitos de Francia, de Suiza y de Alemania, de sus gritos de amor a Jesucristo-Eucaristía. Aquel artista hizo escuchar, en honor del Dios de los altares, las más profundas melodías que jamás han salido de un alma abrasada en sus divinos amores.

En fin, aquel amigo de Jesús-Hostia fue a morir en 1871, sirviendo a nuestros prisioneros en Spandau (Prusia). Atacado de la viruela, administrando a los soldados la Extremaunción, pidió él mismo los últimos sacramentos, renovó los votos religiosos, cantó en voz alta, a pesar de sus sufrimientos, el *Te Deum*, el *Magnificat*, la *Salve Regina* y

el *De profundis*, teniendo constantemente los ojos dirigidos a la Iglesia, como para unirse con su Dios, a quien desde allí saludaba con la fe. A las nueve de la noche se le administró el Santo Viático: era el 13 de enero de 1871. Quedó largo tiempo absorto en la acción de gracias. “En vuestra mano, decía, pongo mi alma.” Acababa Dios de darse a él: él entonces se daba a Dios, y entró en el lugar de las celestiales armonías.

MONSEÑOR BAUNARD.

Ante la Hostia

¡ De rodillas cayó la muchedumbre !
Pintada luz descende por la ojiva ;
Como alas de Angel, tiembla, fugitiva,
La onda de humo en el jirón de lumbre.

Y lanza el bronce hasta remota cumbre
Su ronca voz, hirviente, imperativa,
Cuando el sol de las almas, la Hostia viva,
Se alza bajo la cóncava techumbre....

El pueblo, en tanto que sus ojos vela,
Dobla, cual selva al huracán, la frente
Y a Dios su culpa y su dolor revela ;

Y alada sube la oración ferviente,
Como nube de pájaros que vuela
Cuando apunta la luz en el oriente.

E. W. FERNANDEZ

En una Comunión

Entre el humo del místico incensario,
En raptó inmenso de su amor divino,
Bajó el Eterno sobre el pan y el vino
Y llenó con sus glorias el santuario.